

EDITORIAL

Virgen de la Caridad del Cobre, ¡Ruega por nosotros! ¿En cuántas ocasiones hemos clamado por nuestra Madre, la Virgen de la Caridad, madre de Dios y madre nuestra? Muchos han sido los momentos que, con gran desespero, hemos ido a su presencia para pedir por “algo” o “alguien”, siempre con necesidad.

Existen también quienes se inclinan ante otras imágenes con la misma intención o con otra devoción, pero es casi la mayoría quien viene a ver y hablar con nuestra patrona.

Debemos tener presente las veces que nos ha ayudado y aún no sabemos en cuántas más ha de hacerlo, siempre intercediendo para nuestro bien, pero también se impone la necesidad de agradecerle por estar siempre cuidándonos.

Muchos somos los que pedimos, pero de esos muchos hay quienes no saben bien a quien se acercan pidiendo ayuda.

Es probable que muchas personas sólo sepan que es la Virgen, y hace ya alrededor de 400 años que le cantamos y la acogimos como algo maravilloso para los cubanos. Por tal motivo, y teniendo en cuenta a las nuevas generaciones, no tan practicantes y con poca devoción a ella, nos proponemos llevar a todos los hogares el mensaje de amor que de ella emana para todo el pueblo. Hace mucho tiempo que aclamamos a ella, generalmente teniendo en cuenta una necesidad personal, y en ocasiones, una necesidad familiar, nacional o mundial. Ella está siempre oyendo nuestras súplicas, como la Santa Madre de Dios, de quien somos hijos y a quien debemos nuestra existencia.

La familia cubana necesita de la Virgen, como el hijo necesita de su madre. ¡Qué orgullosos nos sentimos cuando el 24 de enero de 1998, con motivo de la visita a Cuba de su Santidad Juan Pablo II, y específicamente a Santiago de Cuba, fue coronada la imagen de nuestra Virgen! Resaltó el Papa, en aquel entonces, las virtudes de la Reina y Madre de todo el pueblo cubano. Ella es la madre de todos nosotros: blancos y negros, niños y ancianos, hombres y mujeres; sin distinción de persona o raza, nos cubre con su manto y como siempre lo ha hecho, nos cuida a todos por igual.

¿Sabrían los hermanos Hoyos y Juan Moreno lo que en realidad traían a esta tierra mambisa, donde, desde el mismo momento en que la Virgen estuvo en tierra, fue venerada?

No imaginaron nunca que ese pedacito de madera donde se leía “**YO SOY LA VIRGEN DE LA CARIDAD**” traía a este país a su futura patrona. Era tanta la fe y la devoción de las familias de la época, que inmediatamente fue acogida y creado un altar para ella. Allí iban el padre, la madre, los hijos y abuelos. Negros e indios la alababan y se acercaban a ella, seguros de su bondad. Muchos de nuestros

mambises sentían amor por la Virgen y la tenían presente en sus contiendas por la libertad de Cuba.

Así fue creciendo la devoción por esta Virgen morena, cuya imagen descansa en el Santuario del Cobre, pero que no deja de estar presente en mi hogar, en el tuyo y en muchísimos hogares de nuestra patria y en otras partes donde viva un cubano. Siempre Reina, entre todas las familias, nuestra Virgen ha estado atenta al llamado de los cubanos en momentos muy difíciles que nos ha tocado vivir.

Tengamos fe, como cubanos, cristianos, católicos y miembros de una familia, en la Virgen mambisa, morena, Madre de Dios, y llena de amor y gracia, que el Señor quiso traer a nuestro suelo y dejarla aquí para nuestra devoción y protección. Ante ella, ha pasado, pasa y ha de pasar nuestra historia, buscando para siempre la reconciliación y armonía de todas las familias hemos encontrado a nuestra “Virgencita del Cobre”. Inspirados en ese amor que nuestra Madre, la Virgen de la Caridad nos profesa, estemos siempre listos para llevar su mensaje a todos los hogares.

Pongamos también en nuestro empeño de evangelización y en nuestras oraciones, su ferviente amor de madre y seamos capaces de inculcar a nuestros hermanos el amor hacia ella, quien está constantemente alerta a nuestro reclamo, nuestras preocupaciones y necesidades.

Que nunca más se oculte su imagen en nuestros hogares. Que el amor y la belleza que irradia puedan ser admiradas por todos los que nos visitan; que su presencia entre nosotros sea eterna, y seamos capaces de abrirle nuestros corazones para darle el lugar que ella, y sólo ella, se merece.

No queda menos, una vez más, que dar gracias a Dios, por este regalo, lleno de cubanía, que hace muchos años nos regaló y del cual tantos cubanos hemos estado orgullosos.

Nunca dejemos escapar de nuestros labios, al pedirle o alabarla:
“Virgen de la Caridad, ¡Ruega por nosotros!”